

de cosas que no existen, solo puede tener una dudosa parte de realidad.

Lo que sabemos que tenemos del Tiempo es *Ahora*. Sin embargo, no puede considerarse que el Tiempo esté hecho de *Ahoras*. Un *Ahora* no es una parte del Tiempo, porque una parte es la medida del todo. Como término del pasado y comienzo del futuro, *Ahora* es una especie de eslabón. El Tiempo y el movimiento, concluye Aristóteles, están relacionados entre sí. Las cosas no afectadas por el paso del Tiempo deben estar fuera del mismo. Como el Espacio existe solamente en tanto hay cuerpos que ocupan cierto lugar, así el Tiempo solo existe en tanto hay cuerpos que, en diferentes *Ahoras*, se hallan en lugares o estados diferentes. El Tiempo es el número del movimiento de acuerdo con «antes» y «después», siendo número aquello que puede contarse.

El reconocimiento del Tiempo implica percepción de *antes* y *después* en el movimiento, y un proceso de numeración basado en este *antes* y *después*. Sin una mente o alma para numerarlo, no puede haber Tiempo. Como el movimiento de los cuerpos celestes proporciona los números del Tiempo, Aristóteles concluye que «si hubiera más cielos de uno, el movimiento de cualquiera de ellos sería igualmente tiempo, de modo que habría muchos tiempos al mismo tiempo». Y, por un instante, tenemos la impresión de que Einstein pueda estar al doblar la esquina.

Posteriormente, los epicúreos y estoicos, casi dividiendo la filosofía entre ellos, sustentaron criterios opuestos sobre la mayoría de las cosas, pero compartieron cierto terreno común en sus ideas sobre el Tiempo. Este se movía aún en un vasto círculo. Así el estoico Apolodoro de Seleucia pudo declarar que el Tiempo es el intervalo de movimiento del cosmos, y que el tiempo todo está pasando igual que decimos que pasa el año, en un circuito más amplio. Pero los adeptos de la escuela opuesta, siendo atomistas, no aceptaban la divisibilidad del Tiempo. Creían en la existencia de un momento presente, ya que nada podía ser infinitamente divisible, puesto que toda división había de llegar últimamente al átomo indivisible.

Para los estoicos, influidos por su concepto del continuo, lo que se consideraba como presente era de hecho parcialmente futuro y parcialmente pasado. Una de sus figuras más destacadas, Crisipo, dijo: «Ningún tiempo es

enteramente presente.» Y ahí emergió gradualmente la idea del Tiempo, que nosotros conocemos muy bien, como absoluto, un *fluir* interno y universal, sin relación con nada externo. Incluso en el siglo III a. de J. C., Estratón pudo decir: «Día y noche, un mes y un año, no son tiempo ni partes del tiempo, sino luz y oscuridad y las revoluciones de la luna y el sol. El tiempo, sin embargo, es una cantidad en donde está contenido todo esto.» En otras palabras, el concepto se ha extraído ahora de la experiencia.

Puede parecer que la idea sufrió un revés, porque dos siglos más tarde vemos cómo Lucrecio, el gran poeta romano y acérrimo atomista, declara que el Tiempo «existe no solo por sí mismo, sino simplemente por las cosas que suceden... Hemos de admitir que nadie percibe al tiempo abstraído del movimiento y el reposo de las cosas.» Pero debía de estar oponiéndose a una opinión ampliamente aceptada, que había seguido a Estratón y a otros muchos en la admisión del Tiempo como continente universal, existiendo con independencia de nuestro reconocimiento o no.

Las ideas más grandes, dueñas de las mentes de los hombres durante muchos siglos, tienen sus auroras, mediodías, ocasos y crepúsculos. En el mundo grecorromano y, después, en el de la Roma imperial, la idea del Tiempo cíclico y la recurrencia de todas las cosas llegaba a su ocaso. No es que ya no fuese creída, pero se aceptaba con diferente espíritu. Aquel eterno centro de los dioses, alrededor del cual giraban las edades, perdió su brillantez y belleza. Donde había habido seres inmortales, que podían ser adorados con gozo, había ahora un Hado férreo, o una Fortuna caprichosa, o unas estrellas implacables que «saben en medio de nuestra risa cómo acabará esa risa». Así, en todas las partes del inmenso Imperio romano, incluyendo los altos lugares desde donde había de ser gobernado, proliferaban los astrólogos, y decisiones transcendentales dependían de la lectura que estos hiciesen de las estrellas. En la Roma elegante, aparecían extraños dioses y diosas, que se llevaban durante una temporada, como si fuesen nuevos estilos de peinado o platos exóticos.

Y aquellas gentes todavía no estaban en la Historia y el tiempo rectilíneo, como nosotros nos hemos sentido estar desde hace mucho tiempo. Para ellos el tiempo aún seguía gi-

rando interminablemente, pero ahora lo hacía como un viejo carromato manchado de sangre, que se bamboleaba en las tinieblas. La profunda corrupción de la esclavitud; el organizado sadismo de los juegos y los circos; la sensualidad que pronto alcanzó la saciedad; las criminales intrigas que pasaban por política; el cínico cosmopolitismo de la gran ciudad; el culto, que había perdido corazón y cabeza, y estaba degenerando en superstición: he ahí la Roma que, al fin, iba a volverse, con esperanza o desesperación, hacia el Cristianismo.

Aquí, en lugar de esa confianza e inspiración que se sintió hace mucho tiempo en la clara y luminosa mañana de Grecia, hallamos —según las palabras del profesor Puech— «cierta melancolía y fatiga, un sentimiento más o menos intenso de angustia y servidumbre. Este orden inflexible, este tiempo que se repite periódicamente, sin principio ni fin ni meta, parece ahora monótono o aplastante. Las cosas son eternamente las mismas; la historia gira sobre sí misma; nuestra vida no es única; ya hemos venido a la existencia muchas veces y podemos volver otra vez, infinitamente, en el curso de perpetuos ciclos de reencarnaciones...»

¿Y qué oye Mario el Epicúreo, de Walter Pater, cuando escucha el discurso que dirige al Senado el emperador Marco Aurelio? «Encuentro que todas las cosas son ahora como eran en los días de nuestros enterrados antepasados: sordidas en sus elementos, triviales por el largo uso y efímeras no obstante. ¡Cuán ridículo, pues, cuán parecido a un rústico en la ciudad, es aquel que se maravilla de algo! ¿Te fatiga la identidad, la repetición de los espectáculos públicos? Lo mismo hace esa identidad de acontecimientos en el espectáculo del mundo. Y así será contigo hasta el fin. Porque la rueda del mundo siempre tiene el mismo movimiento, arriba y abajo, de generación en generación. ¿Cuándo, cuándo cederá el sitio el tiempo a la eternidad?»

Releyéndolo después de muchos años, no he redescubierto en *Mario el Epicúreo* el libro que admiré en mi juventud. Pero, a medida que capta el ojo una frase tras otra—«un peso sobre los espíritus»; «la incurable insipidez hasta de lo que era más exquisito en las alturas de la

vida romana»; «una experiencia que llegaba en medio de un profundo sentido de vacuidad en la vida»—, Pater sugiere una atmósfera de ranciedad, hastío, melancolía. Se recordará que acerca a Mario cada vez más al cristianismo; las personas que cuidan a Mario en su enfermedad postrera son cristianas, y son la fe y la conducta de estas las que llevan a Mario a esta conclusión: «Ha habido en el mundo una protesta permanente, un alegato, una perpetua idea posterior, que la humanidad debería poseer siempre en reserva a partir de ahora, contra toda teoría enteramente mecánica y descorazonadora sobre sí misma y sus condiciones.»

Sin embargo, no percibimos aquí un nuevo y borbollante manantial de vida, una esperanza brotando como una fuente. De uno u otro modo, subsisten la ranciedad, el hastío, la melancolía. Estamos en el crepúsculo de una era. Y no puedo menos de pensar que Pater acierta aquí, y no logra sugerir la luminosa esperanza y la maravilla del cristianismo antiguo, justamente porque percibía vagamente que también él, como aquellos nobles, pero cansados, romanos, vivía ahora en un crepúsculo no disimilar, hacia el fin de otra era.

Sintiéndose responsable de un Imperio en peligro de desintegración y desesperadamente necesitado de alguna fuerza aglutinante, Constantino unió, por último, la Iglesia y el Estado. Al hacer esto, pudiéramos decir que introdujo en la Historia a Roma y el Imperio, la historia que había creado la aparición y desarrollo del cristianismo. Los ciclos del Tiempo, ya viejos y crujientes, fueron detenidos, y luego, muy pronto, olvidados. A partir de entonces, el Tiempo avanza en línea recta, llevando a todo el mundo occidental hacia un destino oculto y secreto.

Y aunque incluso hace ochenta años Pater pudo haber abrigado ciertas dudas, quizá nunca manifestadas y solo inconscientemente reveladas en su análisis de otra era que terminaba, oficialmente todavía se nos apremia a lo largo de ese camino recto, perteneciente a la Historia y al Tiempo, preguntándonos con más ahínco que Constantino y sus obispos, que nos pusieron a todos en movimiento, adónde vamos.